
NOTA FILOLÓGICA PRELIMINAR

El texto de *Canaima*, tal y como lo conocemos hoy, es el resultado de una evolución lenta y gradual que pasa por diversas etapas a través del tiempo. En cada una de ellas, la novela se transforma y es la suma de esas transformaciones lo que constituye su historia. Siguiendo las enseñanzas de la genética textual, podemos dividirla en cuatro fases de realización, en cuatro momentos de escritura, que retrasan el proceso creativo de Gallegos a lo largo de tres décadas.

En primer término, encontramos una fase pre-redaccional que se desarrolla básicamente durante el viaje del novelista a Guayana, a comienzos de 1931, y que comprende la investigación de campo y el acopio de datos destinados a la redacción de *Canaima*. De esta fase preparatoria, que un buen número de lecturas completa, las notas del memorándum recientemente descubierto son un reflejo claro y fidedigno. A todas luces, Gallegos recorre la región con la intención deliberada de escribir una novela y lo que anota responde a ese propósito hasta tal punto que algunas de las observaciones guayanesas, dado el grado de literalidad con que se transcribieron dentro del texto, representan ya verdaderos estadios redaccionales de *Canaima*.

La fase redaccional propiamente dicha, aquella en que el proyecto se textualiza, sólo comienza, sin embargo, un poco más tarde, en el destierro del venezolano. Para evitar todo compromiso con el régimen de Juan Vicente Gómez, Gallegos viaja a Nueva York el 4 de abril de 1931 y es en esta ciudad donde empieza a escribir *Canaima*, según Juan Liscano (*Rómulo Gallegos y su tiempo*, Caracas, 1969, p. 121). Al cabo de un año, se traslada a España, ya con la promesa de entregar el manuscrito a la casa editorial Araluce. Los testimonios de Isaac Pardo y de Enrique García Maldonado recogidos por José López Rueda

(*Rómulo Gallegos y España*, Caracas, s. f., pp. 131-136), y un conocido ensayo biográfico del mexicano Andrés Iduarte (*Con Rómulo Gallegos*, Caracas, 1979, pp. 55-81) nos muestran a un Gallegos ocupado en la redacción de la novela, primero en Barcelona y en Madrid, entre 1932 y 1935. Desafortunadamente, no ha podido darse con vestigio alguno de este período de trabajo que es sin lugar a dudas uno de los más importantes para el estudio de la génesis del texto. Aunque la historia de la filología abunda en ejemplos de hallazgos casi milagrosos y, por tanto, hay que ser muy cauto al hablar de manuscritos «definitivamente perdidos», quizá el rigor que llevaba a Gallegos a destruir las páginas de que no estaba satisfecho —aquello que, según Iduarte, él mismo llamaba «romper papel»— nos haya privado desde un principio de los diferentes estadios redaccionales de *Canaima*. Tal proceder no explica, sin embargo, el que no contemos tampoco con ninguno de los documentos de la fase pre-editorial, pues nada se sabe ni de la copia entregada al editor catalán ni de las distintas correcciones de pruebas.

Si dejamos de lado las notas del memorándum, el material genético de que hoy disponemos corresponde esencialmente a la fase editorial, que se abre en Barcelona, a comienzos del otoño de 1935, cuando Araluce publica la *editio princeps* de la novela. De esta edición descienden todas aquellas que salen hasta 1958 y, en particular, las de la Colección Austral de Espasa-Calpe, que se suceden desde 1941. El texto de la *editio princeps* rige así durante 23 años sin que ninguna intervención autorizada venga a alterarlo. Sólo la aparición de las *Obras completas* publicadas por Aguilar en Madrid, a mediados de 1958, le fija un término de caducidad. Entre los preliminares, el editor madrileño incluye un breve párrafo donde deja constancia de la participación del escritor en el diseño de los dos tomos y en la revisión de los textos. Dice: «En la presente edición, las obras de Rómulo Gallegos están ordenadas cronológicamente, en conformidad con el autor. Rómulo Gallegos, además, hizo para esta edición muchas y minuciosas correcciones en sus obras, de carácter ortográfico y textual; entre las textuales, la más importante afecta a las últimas páginas de *Reinaldo Solar*».

Hasta su desaparición en 1969, Gallegos no vuelve a retocar el texto de *Canaima* ni tampoco los de las demás novelas. La edición de las *Obras completas*, reimpressa en 1959 y en 1962, constituye de tal suerte la expresión de la última voluntad del autor y el punto final de la historia textual de *Canaima*, aquel en que la novela llega a un estadio que debe considerarse definitivo. El texto utilizado por Efraín Subero al establecer esta edición es, pues, el de Aguilar. A falta de otros manuscritos autorizados y sobre todo de los borradores de la fase redaccional, el aparato de variantes sólo acoge las lecciones de la *editio princeps*, que se señalan a pie de página. El aporte de las notas guayanesas, pre-textos al fin, puede verse en la edición crítica del memorándum incluida en este mismo volumen.

Como ha de constatarlo el lector, el cotejo entre el texto de Araluce y el de Aguilar deja traslucir una revisión cuidadosa de la novela. Gallegos corrige la ortografía de muchos nombres propios, pasa de mayúsculas a minúsculas en las denominaciones de grados militares y otras dignidades, y aprovecha de un modo más sistemático los signos de puntuación al regularizar el uso del guión en los diálogos y el de las comillas como marca del monólogo interior. Cada una de las modificaciones mencionadas y sin duda muchas más merecerían una elucidación detallada que no corresponde hacer aquí. Baste señalar que todas se suman a la tendencia general de la relectura que trata de atenuar el contraste entre el discurso del narrador, que fija la norma, y el discurso de los personajes, a menudo lleno de incorrecciones que denotan los aspectos más característicos del habla regional. El esfuerzo por acercarlos es notable en la edición de 1958 y, retrospectivamente, resulta muy revelador, pues la historia del texto de *Canaima*, desde las tempranas notas del memorándum, pareciera dominada en buena medida por esta búsqueda de un equilibrio entre dos lenguajes, entre dos mundos que se enfrentan, como si el narrador quisiera acortar la distancia que lo separa de su propio relato, como si la manera de contar se aproximara incesantemente a lo que se cuenta. Que la tensión es real, el texto nos lo muestra. Lo que esconde quizá en forma más sutil, más alusiva, es otra encrucijada fundamental que marca el despertar de la conciencia crítica dentro de la novela latinoamericana con Güiraldes, con Rivera y, por supuesto, con Gallegos: la difícil síntesis entre la fidelidad al testimonio documental y las exigencias de la escritura y la ficción literarias.